

I Congreso Latinoamericano de Teoría Social. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

El concepto de physiologie sociale en Saint-Simon.

Nocera, Pablo.

Cita:

Nocera, Pablo (2015). *El concepto de physiologie sociale en Saint-Simon. I Congreso Latinoamericano de Teoría Social. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-079/108>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

El concepto de *physiologie sociale* en Saint-Simon

Pablo Nocera (UBA)

hcs1_nocera@yahoo.com.ar

Mesa 17: Historia conceptual de la sociología clásica.
Reflexiones metodológicas y aplicaciones prácticas

Il faut des mots nouveaux pour exprimer avec précision des idées neuves.

*Claude-Henri de Rouvroy,
comte de Saint-Simon*

Introducción

El carácter heteróclito de la extensa obra saintsimoniana desconcierta en un primer momento al lector desprevenido. Desplegada en una diversidad de géneros escriturarios (cartas, folletos, libros, cuadernos, artículos, esbozos de proyectos, etc.) las contradicciones, las repeticiones y la inestabilidad semántica de muchas expresiones y conceptos, que en varios casos, él mismo colaboró en conformar, vuelven difícil cualquier empresa que intente identificar un hilo conductor fundamental que eslabone esa heterogeneidad. Tal vez ese mismo carácter cambiante e inestable ofrezca, como legado, una indiscutida voluntad neológica, de la cual la teoría política, así como las ciencias sociales han sacado no poco provecho, más si pensamos, particularmente, los orígenes de la sociología. Esa misma diversidad permite justificar el heterogéneo arco de epígonos que desde sus secretarios personales Agustin Thierry y Auguste Comte, hasta Proudhon y Leroux, dieron paso a las tradiciones de los saberes del hombre cuyas proyecciones políticas fueron centrales. Los primeros desplegaron los caminos de la historia y la sociología respectivamente. Los segundos, más fieles o más díscolos, según el caso, abrieron paso a la crítica socialista de la sociedad industrial y capitalista. La estela de Saint-Simon se expandió desde sus seguidores directos (la escuela saintsimoniana) hasta la filosofía joven-hegeliana, entre quienes, Karl Marx, Friederich Engels y Moses Hess recuperaron y discutieron muchos de sus aportes.

La riqueza conceptual del discurso saintsimoniano se nutrió de diferentes fuentes de época, entre las cuales las tradiciones materialistas francesas son las más visibles. Su cercanía con el programa teórico de los *idéologues* nos permite pensar, no sólo el peso central que asumirá el legado sensualista de Condillac y Condorcet, sino también la fascinación que desde los referentes de la *Encyclopédie*, generará el newtonismo –Laplace mediante—en los medios intelectuales franceses. Esta misma peculiaridad se hará palpable en la convivencia de matrices discursivas de tipo fisicalista, junto con perspectivas más cercanas a la fisiología, que por entonces integra por igual la preocupación de médicos, filósofos y teóricos de la política. En ese marco es comprensible pensar el magma de nuevos conceptos que Saint-Simon contribuye a nutrir, entre los cuales, aparecen términos tan centrales como «*industriel*», «*industrialiste*», «*industrialisme*» así como «*intellectuel*», «*anarchie démocratique*», «*classe des no-proprétaires*» cuya trascendencia para las ciencias humanas ha sido visible, mientras que otros como «*solidiciens*» o «*fluidiciens*» al igual que «*brutiers*» han caído en un comprensible olvido. Sin embargo, es al calor de estos últimos conceptos que Saint-Simon desplegó en la primera parte de su obra una fecunda reflexión sobre cómo pensar las condiciones de posibilidad de la política en tanto saber científico, y para ello puso en movimiento un amplio espectro de posiciones autoriales que se condensaron en la *Mémoire sur la science de l'homme* (1813). La síntesis de los aportes de Xavier Bichat, el Marqués de Condorcet, Pierre-Jean Cabanis y Félix Vicq D'Azir, fijó el perímetro de un programa teórico que habría de sustentar la llamada *physiologie sociale*. Como saber de los cuerpos organizados, la fisiología aportaría, a juicio de Saint-Simon, los rudimentos necesarios para poder describir las formas más complejas de la naturaleza (i.e. la sociedad), proceder que se desplegaría respetando el imperativo de la observación, matriz indiscutida en los saberes médicos a los que el autor tendrá como canon de referencia.

En este contexto, el escrito se propone explorar los usos del concepto de *physiologie social* que propone nuestro autor, en el contexto de una filosofía social de época que no hace sino considerar de manera conjunta la dimensión moral y física del hombre aunando para ello la reflexión política, económica y médica bajo el sintagma *science de l'homme*. A partir de caracterizar brevemente ese marco conceptual de origen, el trabajo describe cómo el modelo de una física social deja el lugar a la fisiología social, matriz desde la cual se puede repensar el problema de la igualdad y el funcionamiento del orden político, en última instancia, la preocupación que signará mucha de la reflexión posterior del autor, y desde la cual desarrollará distintos programas de reorganización social y política para Europa.

Las primeras reflexiones sobre la *science de l'homme*: la posición de Helvétius

Una reflexión que permita analizar con cuidado la noción de *physiologie sociale* tal como la propone Saint-Simon, no puede perder de vista el amplio mapa de saberes que se revoluciona, organiza y estructura en el lapso de las tres centurias que van del siglo XVII al XIX. Ese amplio arco temporal podría pensarse como contexto de emergencia de la *science de l'homme*. A grandes rasgos, podríamos delinear tres importantes rupturas: el siglo XVII ha visto el nacimiento de la física moderna, el siglo XVIII, la ciencia de los seres vivos, también llamada «historia natural» (tiempo después emergerá el término «biología») y el siglo XIX, el surgimiento de la psicología como algo más complejo que la moral o la teoría de las facultades del alma (Baertschi, 1992: 25).¹

El período de la Ilustración, en sus diversas expresiones nacionales, puso en evidencia una particular reflexión sobre el vínculo entre hombre y naturaleza augurando nuevos horizontes de estudios hasta entonces impensados. La estela de los descubrimientos de Newton no sólo marcó la redefinición de una concepción general del cosmos, sino que sus propios hallazgos tornaron posible la idea de que el hombre pudiera someterse, como el resto de los cuerpos, a un estudio de similares características. Esa inclusión del hombre en el mismo horizonte de estudios de la naturaleza mostró, en el marco del proyecto de la *Encyclopédie*, que era factible expandir el conocimiento técnico hasta la naturaleza humana, dándole a la ciencia del hombre la confianza de poder superar las limitaciones naturales y desarrollar, en consecuencia, un camino de progreso. Un impulso de similar trascendencia logró el empirismo de Locke, cuya fuerza se hizo sentir de forma contundente en Francia. Probablemente gracias a la mediación de Condillac –radicalizando, incluso, las posturas de su contraparte inglés—llegaron a expandirse y a ofrecer aportes de peso entre los *philosophes*. Claude Helvétius es una referencia inevitable en ese contexto, por el haz de conclusiones que presenta en dos de sus obras: *De l'esprit* (1758) y *De l'homme* (1773 póstuma). En pocas palabras, los principios empiristas y sensualistas se hacen carne en el cuestionamiento de la relación entre las dos «sustancias» que conforman la naturaleza humana, poniendo en entredicho las maneras en que se organizan las formas de conocimiento tradicional. La idea de una ciencia del hombre en Helvétius supone, claro está, también la indagación sobre las facultades del entendimiento, sus operaciones y funcionamiento, con sus desbordes en el plano de la voluntad y de la moral, pero con la peculiaridad de que el conocimiento propuesto ahora supone, más explícitamente, una vinculación estrecha con la organización fisiológica (i.e. *sensibilidad física*). Junto con el

¹ Todas las traducciones son propias.

principio de la sensibilidad, Helvétius toma en consideración el *amor de sí* que en última instancia traducirá como *interés*. La cadena helvetiana de las pasiones hace pie en la sensibilidad física, la que engendra al amor al placer y el odio por el dolor. A partir de ello se produce un sentimiento de amor de sí, el que engendra a su vez el deseo de felicidad. Este último trae aparejado la avidez por el poder, el cual da nacimiento a las pasiones artificiales (como la ambición, la avaricia y la envidia) las que tendrán por finalidad los medios para obtener ese poder. Todo ese devenir desde la sensibilidad se compensa con la moral, la cual es producto de la educación, la que reposa, a su vez, sobre la facultad de imitar.

Esta síntesis que expone Diderot en una revisión crítica de ambas obras, explicita los límites que el monismo vitalista de Helvétius evidencia: la reducción de lo complejo a lo simple (Diderot, 1875: 272-273). El referente de la *Encyclopédie* advierte el peligro del programa de Helvétius de reducir al hombre a una mera sensibilidad física, en la que las propias facultades humanas quedaban reducidas a la proyección de un simplismo geométrico de base materialista, claramente reduccionista (Bourdin, 2006: 169). Sin embargo, a pesar de esos límites que advierte su coterráneo, el programa de Helvétius permite justificar la finalidad política última de aspirar a una ciencia del hombre. Al tomar al amor de sí como interés (así decide traducirlo) Helvétius logra subsumir las pasiones del hombre a un basamento más estable y predecible. La política se entenderá entonces, como la composición de los intereses individuales, a saber, como habrá de llamarlo, el principio de «la utilidad pública». Lograr la convergencia de intereses es el objetivo fundamental de la legislación. Las leyes, a través de un sistema de recompensas y castigos, pueden lograr una cierta conciliación de los intereses de base individual con el interés general, permitiendo con ello una efectiva regulación de la sociedad (Rosanvallon, 1989: 31). La conjunción inseparable de la dimensión intelectual y la dimensión física se vuelve central, torciendo y modificando las condiciones metodológicas que median el acercamiento al ser humano. El programa propuesto por Helvétius tiene por finalidad lograr conformar, sobre esos saberes, una «ciencia del gobierno» que permita apuntalar por vía de una mejor comprensión, cuáles serían los fundamentos de la organización de la vida en sociedad, así como el perfeccionamiento que cabe esperar del hombre viviendo en colectividad. Es el arco amplio de las instituciones sociales (políticas, económicas, religiosas, administrativas y educativas) cuyos orígenes y desarrollo es necesario conocer, el que permitiría indagar en los impactos y transformaciones que ellas tienen en la dimensión física y moral de los individuos en la historia.

El camino de las *sciences morales et politiques*

La oposición al reduccionismo materialista que inspira una de las líneas iniciales de la *science de l'homme* tuvo en la medicina de la escuela de Montpellier otro aporte fundamental. En este epicentro de las tradiciones vitalistas en medicina, Paul-Joseph Barthez dará a la imprenta los *Nouveaux éléments de la science de l'homme* (1778), trabajo en el cual se intenta fijar las bases de una aproximación al conocimiento biológico del hombre, que no suponga la reducción materialista como habían consumado los referentes de la iatromecánica, extrapolando los principios de la física, la química, la mecánica y la dinámica al fenómeno de la vida (Williams, 1994: 29). Aunque el llamado «principio vital» resulta desconocido en su funcionamiento específico, en su esencia —y se deja muy claro, no obstante, que no guarda ninguna relación con la idea de alma— su apelación es fundamental para reconocer la especificidad de la vida, por sobre el funcionamiento de la materia. Sucintamente: «[...] la ciencia del hombre es esencialmente el conocimiento de las leyes que sigue el principio de la vida en el cuerpo humano» (Barthez, 1806: 35). Así explicitada, la ciencia del hombre funciona para Barthez como un saber que, englobando a la medicina, permite en términos antropológicos ubicar al hombre, en su especificidad, en el concierto más amplio del conocimiento del universo. Aunque los fenómenos vitales tienen una indubitable dependencia de las formas muertas de la materia, el orden de la vida es una realidad original, sin que ello deba recaer en un apoyo metafísico. Los aportes de médicos y anatomistas ingresan así, al universo de preocupaciones filosóficas con evidentes horizontes prácticos.

El vitalismo de Montpellier abre un sendero que se expande a la tradición de los *idéologues*. Con el lastre de la empresa de la *Encyclopédie* a cuestas, los referentes de la *idéologie*, con Cabanis y Destutt de Tracy a la cabeza, se abocaron a pensar una trama integradora de saberes que aportara algo más que una mera acumulación enciclopédica. La ideología fue esa matriz rectora que, como una teoría unitaria del conocimiento, intentó forjar un lenguaje que planteara una ciencia unificadora para el estudio del hombre. En otras palabras, bajo el cobijo del empirismo de Condillac, la escuela de la *idéologie* intentó también desprenderse de las preocupaciones metafísicas por las esencias, transmutando la especulación en un abordaje de corte materialista, pero consumando un desplazamiento fundamental: el reemplazo progresivo del dualismo ontológico del *âme-corps* por la dupla *physique-moral*.

Para 1795 la Convención del Termidor había creado el Instituto Nacional cuya finalidad era reemplazar la trama de academias previas a la Revolución, imponiendo un conjunto de

instituciones subordinadas, en el que las Escuelas Normales y Centrales darían vida al motivo ilustrado de obligatoriedad y gratuidad de la educación, dejando atrás la matriz de los *collèges* del antiguo orden. El decreto orgánico de Instrucción Pública que dio origen al Instituto declaraba su pertenencia a la República, su ubicación en París, y le daba como metas a seguir, las siguientes: 1) perfeccionar las ciencias y las artes a través de la investigación continua, cuyos descubrimientos debían ser publicados 2) los trabajos científicos y literarios tendrían por finalidad la utilidad general y la gloria de la República (Leterrier, 1995:6). Con este objetivo en ciernes, el Instituto se organizaría en torno a tres *classes*, cada una de las cuales contaría con varias secciones. La primera de ellas estaba dedicada a las ciencias físicas y las matemáticas, la cual comprendía diez secciones con ciento veinte miembros. La segunda clase estaba dedicada a las *ciencias morales y políticas*, compuesta por seis secciones con seis miembros cada una: análisis de las sensaciones y de las ideas, moral, ciencia social y legislación, economía política, historia y geografía. Finalmente, la tercera de ellas era la de literatura y bellas artes que contaría con ocho secciones y ochenta y seis miembros.

La *Deuxième Classe* de Moral y Ciencias Políticas se conformó como una rama central de la nueva institución. Con ello se proponía dar cabida a las aspiraciones de *les philosophes*, los cuales buscaban dar forma a un conjunto de saberes cuyos objetos de abordaje científico eran el hombre y la sociedad. En general, se ha asumido que el grupo de médicos y filósofos, conocidos luego como ideologistas (ideólogos) habrían dominado la *Deuxième Classe* (DC), tratando de expandir su visión tanto empirista como monista en términos gnoseológicos, así como liberal en términos políticos. Ese protagonismo que detentaron fue en gran medida el responsable de la disolución en 1803 de la DC por expreso pedido de Napoleón Bonaparte. Sin embargo, esa disolución no supuso la desaparición del Instituto, sino su reorganización, lo cual, no obstante, produjo la expulsión de varias de las disciplinas de DC, haciendo que las ciencias sociales en Francia debieran aguardar más de una generación, para obtener un reconocimiento oficial desde el Estado (Staum, 1980b:372).

El imperativo de un cambio intelectual implicó un nuevo abordaje de problemáticas teóricas, buscando ahora consolidar una aproximación científica y con ello separar la reflexión del formato especulativo de la metafísica. Se pueden identificar tres áreas en las cuales la DC se orientó a proyectar ese ideal de ciencia: a) la ética, desde la cual un desarrollo racionalista podía cuestionar la autoridad única de la Iglesia; b) la historia, cuya comprensión requería un andamiaje filosófico y erudito como proclamaba Condorcet, c) la geografía, la cual integrando los estudios topográficos y climáticos podía oficiar como un amplio respaldo

a las *science de l'homme*. Sin embargo, a estos campos que contaban con un desarrollo previo se sumaron nuevos en los cuales se destacaron particularmente los ideologistas. El primero de ellos fue el de la ciencia social y legislación, cuyos desarrollos en torno al derecho natural, público e internacional parecían continuar con las trazas planteadas por Montesquieu. El segundo campo fue la economía política y finalmente el dedicado al *análisis de las sensaciones y las ideas*, dominio en el que confluía una psicología de tipo fisiológica y racionalista, junto con problemas epistemológicos y lógicos (Staum, 1980b:372).

La sección dedicada al análisis de las ideas y de las sensaciones fue el bastión de la Ideología quien encontró entre sus miembros más destacados a Volney, Cabanis y Destutt de Tracy. Esta tríada compartió junto con otros referentes, cuatro características fundamentales que los identificó como grupo. En primer lugar, todos ellos publicaron una obra central en el ámbito de la Ideología orientada a cuestiones éticas, políticas o económicas. Participaron de manera asidua en los salones de Madame Helvétius o Madame Condorcet, fueron miembros o colaboradores frecuentes del periódico *Décade Philosophique*, a la vez que actuaron sobre la base de moderadas convicciones republicanas luego de 1794 y más tarde declararon su oposición a Bonaparte después de 1801 (Staum, 1980a:4-5).

En el sucinto recorrido que aquí planteamos, es Cabanis quien, paradigmáticamente, desde las filas de la *idéologie*, consume ese viraje por sobre el materialismo reduccionista de Helvétius. Aunque les reconoció a Locke, a Condillac, a Bonnet y a aquél, el haber revelado que detrás de las ideas se encuentran las sensaciones, a su juicio, no plantearon una solución aceptable a cómo esas sensaciones se transforman en ideas. La solución de Cabanis no deja de ser sorprendente: el cerebro digiere las impresiones y a partir de ellos «secreta» el pensamiento. Más allá de cuestionar en qué términos se plantea la pretendida superación, la línea que sigue Cabanis, tiene para nosotros gran importancia, no sólo por lo que será la propia referencia explícita de Saint-Simon, sino por el hecho de plantear bajo el amparo de una misma ciencia, saberes divididos hasta entonces. En su *Rapports du physique et du moral de l'homme* (1802) afirma: «[...] la fisiología, el análisis de las ideas y la moral, no son más que las tres ramas de una misma ciencia, que a justo título se puede llamar, la *science de l'homme*.» (Cabanis, 1805: 7). Los años próximos darán paulatina cabida al concepto de antropología, cuyo uso y circulación en el campo médico alemán tiene más de una centuria, tomando el lugar del de *science de l'homme*. Sin embargo como vocablo, su perdurabilidad no se hará visible hasta bien entrados los años '20, aunque su consideración como paradigma decaerá con la llegada del Imperio.

En el seno de la escuela de la ideología, el sintagma *science de l'homme* no siempre se estabilizó en un uso unívoco. Comparte apariciones con otros como «*science sociale*», «*industrie sociale*», «*organisation sociale*» e incluso el que popularizarán los fisiócratas y con ellos Sièyes, «*art sociale*». En rigor, parte de esa copresencia es en buena medida el resultado de los desarrollos de las distintas ramas que organizó el Instituto Nacional. No es casual que muchas veces esa diversidad estuviera amalgamada en la expresión *sciences morales et politiques*. Tal como nos lo recuerda Keith Baker, debemos a Condorcet, en ese contexto, el aporte de la noción de *sciences sociales* (Baker, 1964). En las huellas de la prosa de este último, Saint-Simon encontrará varios motivos que habrá de conjugar con los referentes del saber médico, para dar forma a un programa científico (i.e. positivo) del que emergerá la *physiologie sociale*.

Los usos de la física para pensar la sociedad

Los primeros desarrollos saintsimonianos se despliegan a partir del éxito del paradigma newtoniano. En la línea de su coterráneo Laplace, Saint-Simon reconoce los aportes de la física y la tentación de extender su modelo integral de comprensión de la naturaleza a los fenómenos sociales. Sin embargo, la diferencia esencial que requiere una revisión, y por ende, una labor de extensión y complejización deviene de la distinción que demandan los diferentes órdenes de realidad que la naturaleza expresa. En particular nos referimos a la distinción que el autor presenta entre los «*corps bruts*» y los «*corps organisés*». Esa diferenciación central oficiará como un eje rector de las indagaciones relativas y específicas de la *science de l'homme*. Desde temprano se puede rastrear en sus escritos como preocupación, la necesidad de salvar esa distinción, al punto que en las *Lettres d'un habitant de Genève* afirma: «Mis amigos, somos cuerpos organizados. Considerando como fenómenos fisiológicos nuestras relaciones sociales he concebido el proyecto que les presento, y es por consideraciones extraídas del sistema que empleo para ligar los hechos fisiológicos que voy a demostrar que el proyecto que les presento es bueno». (Saint-Simon OC1: 118). La contundencia de esta aparición no justifica, no obstante, que el autor tuviera para entonces (1802-1803) claridad suficiente, sobre qué peculiaridades orientan la labor del fisiólogo a la hora de aplicar sus saberes al campo de la sociedad. Para entonces Saint-Simon podía despuntar las intuiciones que el contacto con las tradiciones médicas, antes referidas, podían suponer. La composición de los fenómenos naturales requiere una matriz de conocimiento que pueda dar cuenta de ciertos niveles de interdependencia, complejidad y por ende, de jerarquía, que no se hallan en

los seres sin vida, frente a los cuales, los seres humanos son su expresión más compleja. Si el fisicalismo newtoniano y de sus epígonos aportó una grilla de conocimiento para descomponer analíticamente el cosmos como un gran mecanismo, un orden de realidad diferente obliga a repensar su legado, en lo fundamental, cuando nos topamos con los fenómenos que suponen diversas formas de «organización».

La problemática que Saint-Simon estaba desarrollando podría pensársela enmarcada en las mismas perspectivas que la DC había desplegado bajo la égida de los *idéologues*. La ausencia de referencias conceptuales explícitas en términos de *sciences morales et politiques* tal vez se pueda explicar por la vigencia, por entonces, del decreto napoleónico (27 Ventôse año XI) que había terminado suprimiendo el último reducto de miembros críticos del *Institut Nationale*. Sin embargo, los intereses saintsimonianos se mantienen firmes e insisten, en dos obras posteriores, en llamar la atención a sus contemporáneos para dar forma a una mirada fisiológica que ponga el foco en los cuerpos organizados. En 1807 publica la *Introduction aux travaux scientifique du XIX^e* y las *Lettres au Bureau des Longitudes* que no lograrán movilizar la atención de los medios intelectuales franceses. Sin embargo, puede ser de utilidad concentrarse en algunas referencias contenidas en esas obras para advertir cuál es el ideal científico que hará las veces de espacio contenedor al desarrollo de la *physiologie sociale*.

Los intereses saintsimonianos durante el Imperio se abocaron a desarrollar una mirada científica que evitara los consabidos errores de la perspectiva teológica y los límites de la especulación filosófica. En particular, la abstracción metafísica de los referentes teóricos de la Gran Revolución aparece como el foco más visible de sus preocupaciones críticas. La contundencia de los logros de la física le servirá para delinear esa tarea. En la *Introduction (Tome 1)* Saint-Simon aporta una primera aproximación distinguiendo la finalidad que persiguen los *naturalistas* y los *físicos*: «Se le da el nombre de *naturalistas* a aquellos que basan sus consideraciones en base al examen de las primeras apariencias. Se llama *físicos* a aquellos que se esfuerzan por descubrir el mecanismo de los fenómenos» (Saint-Simon OC1: 294). Esa distinción capital advierte al lector que en el largo recorrido propuesto por el autor en la obra, en la que se evalúan los aportes de Newton, Lagrange, Laplace, Locke, Condillac, Lineo, Condorcet y otros, se reconoce que la física es una aproximación del conocimiento que nuclea en lo fundamental, los aspectos cruciales del proceder científico, a saber, la observación y la experimentación. Sin que ello sea óbice para reconocer la especificidad que pueden adquirir los distintos objetos de conocimiento, que en ese amplio margen se

constituyen, la física condensa una ruptura en la manera de abordar el estudio de la naturaleza, entendida esta última, en sentido amplio.

No es casual que en la interpelación a sus antecesores sobre la base de la distinción de cuerpos brutos y cuerpos organizados, vea en Locke un cultor de esa diferencia, mientras critica a Condorcet y Condillac por haberse dedicado sólo a las cuestiones morales y de método. A estos últimos les achaca no haber estudiado anatomía, ni física: «su ignorancia sobre aspectos esenciales de la física de los cuerpos organizados ha sido la causa de los errores capitales que uno y otro han cometido» (Saint-Simon OC1: 296). Adviértase que la física de los cuerpos organizados (lo que claramente luego ocupará el lugar de la fisiología) supone sólo una rama dentro de la física, disciplina en la que en esa misma obra alude, homologándola con la ciencia propiamente dicha: «Ahora bien, los principios teológicos y los principios de la física son evidentemente opuestos, puesto que unos están basados sobre ideas reveladas e inspiradas, mientras que los otros están fundados sobre los conocimientos adquiridos, y que no son otra cosa que observaciones generalizadas» (Saint-Simon OC1: 296). Sobre esta base el autor explicita en las *Lettres au Bureau des Longitudes* cuáles son las operaciones fundamentales que caracterizan los trabajos científicos: «[...] *buscar los hechos, razonar sobre los hechos*» (Saint-Simon OC1: 323 – itálica original). Pues bien, dar cuenta de los hechos no es una operación sencilla. Por lo menos la historia previa de los pensadores que el conde revisa, advierte al lector que una distinción fundamental subyace y que debe ser explicitada: se trata de la distinción entre los «sólidos» y los «fluidos».

La preocupación saintsimoniana por efectuar una distinción entre los «sólidos» y los «fluidos» apunta en lo sustancial, a fijar un punto de diferencia, pero también de continuidad, entre los desarrollos de la física y las proyecciones más complejas que demandan las existencias naturales que demuestran un mayor nivel de agregación de la materia. Reivindicando a Descartes y a Newton, Saint-Simon se propone superar la oposición entre «*solidiciens*» y «*fluidiciens*», reconociendo el carácter fundamental del abordaje físico de la naturaleza, pero su insuficiencia para dar cuenta de los procesos de organización. La perspectiva que defienden los *fluidiciens* permite pensar los niveles de mayor complejidad (i.e. organización) de lo viviente, su formación y conservación, que en lo esencial diverge de la concepción mecanicista de los *solidiciens*. Esa divergencia fundamental se expresa en la manera en que se constituyen los *cuerpos organizados*. El bosquejo de esa ontología de la naturaleza permite incluir, a partir de los fluidos, una explicación de las formas complejas sin tener que pensar dos órdenes de la naturaleza distintos: «No existen dos órdenes de cosas, no

hay más que uno: es el orden físico. Los fenómenos se dividen en dos clases: los fenómenos sólidos y los fenómenos fluidos» (Saint-Simon OC1: 378). Los cuerpos organizados no dejan de ser cuerpos y, en consecuencia, no dejan de ser objetos de estudio de la física, sólo que en tanto demuestran una jerarquía, diferencia y dinámica producto de la organización, su estudio requiere una forma especializada para enfocar correctamente su abordaje. Esa forma particular de estudio es la *fisiología*. La vida, que el correr de los fluidos ejemplifica, es la diferencia específica que justifica la peculiaridad de su forma de estudio. Asimismo, esa misma peculiaridad será la responsable de justificar las *relaciones entre lo físico y lo moral*. Como ilustración concisa de ese vínculo, Saint-Simon llega a plantear: «El pensamiento es una acción material: es un resultado del movimiento del fluido nervioso» (Saint-Simon OC1: 378). A pesar de las limitaciones evidentes de la ontología de la naturaleza que despliega nuestro autor, ello no es impedimento para pensar que habilita a reflexionar sobre las condiciones de posibilidad de una ciencia que busca comprender también los fenómenos morales.

La *physiologie sociale* y la dinámica de la organización

El programa de una fisiología aplicable a lo social se habrá de bosquejar en la *Mémoire sur la science de l'homme* (1813). En este trabajo, el conde reclama la extensión de la lógica positiva de otras ciencias a la naciente disciplina de los cuerpos organizados: «[...] la fisiología, de la cual forma parte la ciencia del hombre, será tratada con el método adoptado por otras ciencias físicas, y será introducida en la instrucción pública luego de haberse vuelto positiva» (Saint-Simon OC2: 1075). Es momento de que la fisiología se apoye en los hechos observados y discutidos, de manera tal que pueda ofrecer un fundamento, como sistema de ideas, a la religión, a la moral, a la instrucción pública y la política en general. Ese mismo respaldo permitirá efectuar una reorganización de los fundamentos morales de la sociedad. La política como ciencia positiva se vuelve el correlato último de la fisiología aplicada a la sociedad. No es casual que en estos términos Saint-Simon reclame los aportes bases de Vicq d'Azir, Bichat, Condorcet y Cabanis. Los dos primeros eran reconocidos médicos, el tercero fue un referente crucial de la reflexión sobre la historia del espíritu humano y el último fue el más político de los médico-filósofos del núcleo de los *idéologues*. De los cuatro, Condorcet fue quien más críticas cosecha, por la ausencia en sus reflexiones de una perspectiva fisiológica. Su «matemática social» (formas de cálculo del consenso) no permite contemplar

la complejidad de los cuerpos organizados, lo que hace que termine por ofrecer una perspectiva muy limitada del funcionamiento de la sociedad.

Si la fisiología de la sociedad pretende imponerse efectivamente como una ciencia deberá proceder sobre la base de comparaciones: entre los cuerpos brutos y los cuerpos organizados, entre los diferentes cuerpos organizados, entre los hombres y el resto de los animales, y finalmente, entre los distintos progresos del espíritu humano (Saint-Simon OC2: 1153-1154). Con ello el autor expone la manera en que los niveles de organización adquieren visibilidad en la naturaleza, haciendo posible pensar que de la física de los cuerpos brutos se puede llegar a la fisiología social. Esa continuidad –en rigor, nada más que bosquejada— demuestra, no obstante, que la organización social aparece como la cima del desarrollo de la perfectibilidad humana. El hombre va conformando a lo largo de ese trayecto evolutivo un sistema de instituciones que lo habilita a prolongar su organización puramente individual a una escala social (Saint-Simon inicialmente la llamará general). Ese andamiaje institucional que progresivamente se va forjando con el paso de los siglos es descrito por el conde en términos muy similares a los que había planteado con antelación Condorcet. A grandes rasgos, la historia de la humanidad muestra que un recorrido que desde los tiempos de la idolatría, pasando por el politeísmo para llegar luego al deísmo, concluye con el fisicismo, época cuya realidad Saint-Simon ya palpa en el presente, y en la cual la creencia de la humanidad se deposita sobre la posibilidad de conocer, a partir de una ley única, la totalidad del universo.

Con estos abordajes, Saint-Simon cree poder ensamblar lo mejor de los aportes de los cuatro autores referidos, a partir del despliegue de tres programas de investigación que podrían sostener efectivamente una *science de l'homme*. El primero de ellos refiere al análisis de la organización, empresa que sería desarrollada con rigor por los fisiólogos en relación estrictamente con el hombre en el plano individual (sobre los aportes primarios de Vicq d'Azir y Bichat). En segundo término, un cierto tipo de investigación histórica que implicaría la continuación del programa desarrollado incipientemente por Condorcet. Finalmente un tercer tipo de investigación que supondrían la indagación de las relaciones entre el plano fisiológico del quehacer humano en correspondencia con las manifestaciones de orden teórico y práctico. Este último caso había comenzado a desplegarse con Cabanis a partir de su *Rapports du physique et du moral de l'homme*.

El reconocimiento de un principio de organización de las sociedades supone advertir la especificidad de las prácticas que estructuran, justamente, la vida de sus miembros. En la misma *Lettres d'un habitant de Genève*, Saint-Simon esbozaba la comprensión de ese

principio, y lo vinculaba íntimamente a la condición del trabajo: «Todos los hombres trabajarán. Se verán todos como obreros asociados a un taller cuyos trabajos tendrán por objetivo unir la inteligencia humana [...]» (Saint-Simon OC1: 118). El trabajo es la actividad que define no sólo la peculiaridad del funcionamiento específico del hombre, en su rol activo frente a la naturaleza, sino que también se corresponde con la forma en que se plasma la organización social, es decir, la acción en la que cada individuo se encuentra en relación con sus congéneres, mediando sus formas sociales de división. Justamente en la *Mémoire* afirmará en relación a la comparación de los cuerpos brutos y organizados: «[...] el resultado de esta comparación: demostración de que los efectos producidos por los cuerpos brutos y la acción de los cuerpos organizados sobre lo que es exterior, son proporcionados al grado de perfección de la estructura de unos y de otros» (Saint-Simon OC2: 1161). Las reminiscencias a las posiciones fisiológicas de Bichat no son una casualidad. El médico francés había postulado la relación de los seres vivos con un «*milieu*» como la forma particular en que la vida expresa su resistencia a la muerte. La interacción que lo viviente tiene con el medio es parte fundamental de su fisiología, y en eso justamente, se juega la actividad que caracteriza a los cuerpos orgánicos frente a los cuerpos brutos. La mayor complejidad de un cuerpo se expresa en su activa relación con el exterior. El trabajo es la muestra palmaria que define tanto la complejidad del individuo como la de la sociedad.

Si pensamos en esa doble perspectiva el trabajo (todavía presentada de forma muy incipiente en los escritos previos a 1814) Saint-Simon nos induce a pensar que la organización se refiere precisamente a la forma en que la actividad laboral se corresponde entre el plano individual y el plano grupal. La organización de la sociedad supondría, en estos términos, un orden político adecuado como «una ruta adecuada entre el interés particular y el interés general» (Saint-Simon OC1: 118 nota b). Nuestro autor a menudo hablará de la necesidad de lograr una adecuada «concertación de intereses». Esa meta se lograría si los intereses se enderezaran, no sólo en el plano estricto de lo público, como ideales generales, como cierto ideario republicano clamaba por reconstruir, ni sólo en el plano privado, como el liberalismo económico podía pregonar. En rigor, esa ruta adecuada se podría alcanzar con una buena organización del «taller social». Es lógico, en consecuencia, que el trabajo como principio vertebrador del funcionamiento social orientará, a partir de los años 1814-1815, sus reflexiones con respecto al funcionamiento de la industria y sus vínculos con la política y la ciencia.

Como se puede advertir, si la ciencia del hombre es una ciencia abocada a pensar la fisiología en su doble dimensión, tanto individual como social, sus resultados mostrarán que ya no es necesario pensar una revolución política para transformar el estado de cosas. Alcanza con profundizar la revolución industrial que atraviesa desde hace tiempo a buena parte de Europa. No se trata pues, como lo planteaba Helvétius cuarenta años antes, de lograr plasmar una legislación adecuada que permita componer el complejo mapa de los intereses individuales para intentar evitar el caos social. Por el contrario, se trata de analizar científicamente cómo la organización de una sociedad se conforma a partir de la estructuración de las formas sociales de división del trabajo. A fin de cuentas, la interdependencia que busca captar la fisiología social justifica porque el Conde utiliza a menudo la expresión *systeme* para dar cuenta de la sociedad como un todo organizado. La nota esencial de las modernas sociedades es su organización a partir del protagonismo de la industria: la ciencia será su bastión.

Ahora bien, los primeros resultados de esa revolución en lo económico no permiten pensar, con las tradiciones escocesas (Smith-Ferguson), que con la sola armonía de intereses (mano invisible) o simpatía inmediata entre los individuos alcanza para estabilizar el orden social. Sólo la organización del trabajo a escala social, fundada sobre precisos conocimientos científicos (fisiológicos) puede colocar un punto de equilibrio entre los intereses individuales y el interés general. En ello cifrará sus esperanzas de cara a pensar una reorganización de Europa, para lo que diseñará varios programas de funcionamiento para un sistema industrial.

A manera de conclusión

La creatividad conceptual que expresa la prosa saintsimoniana tiene como contra cara la manifiesta dificultad que acarrea delinear la estabilización de los campos semánticos de los conceptos que apropia o que acuña. La noción de *physiologie sociale* no es la excepción. Sin embargo, detrás de esa inestabilidad se advierte que las elecciones conceptuales de Saint-Simon se hallan frente al desafío de poder captar la novedad de procesos que transformaciones sociales de la época hacen palpable por doquier. En pocas palabras, la fisiología social no es una simple transposición de los modelos de la medicina a la mirada social. Aunque la terminología y los referentes aludidos puedan dar justificación a esa idea, el trabajo conceptual del Conde, repuesto aquí brevemente, muestra que la continuidad analítica entre la física y la fisiología social intenta otorgar un lugar a conceptos que puedan dar cuenta del fenómeno de la complejidad. La idea de organismo que subyace a su mirada fisiológica

no se detiene en los usos naturalistas que habían desplegado por entonces Lamarck o Cuvier. El organismo es un orden de realidad donde la interdependencia de las partes constitutivas de los cuerpos mantiene en su funcionamiento una cuota de individualidad que no advierten ni expresan los cuerpos brutos. En consecuencia, para Saint-Simon se trata de reconocer que esa complejidad que vuelve contemporánea el funcionamiento de las partes y la actividad del conjunto no es remisible a un modelo de comprensión que plantee, a la usanza de los filósofos políticos del siglo XVIII, una construcción artificial del orden político sobre la base de acuerdos que replican las libertades individuales. Años después, en 1820, en *Du système industriel*, nuestro autor hará visible la utilidad práctica de esta matriz metodológica que la fisiología social comenzó a apuntalar. Permítasenos una cita *in extenso*: «Por otra parte, observemos que a medida que la civilización progresa, la división del trabajo, considerada en lo espiritual como en lo temporal, y bajo el punto de vista más general, aumenta en la misma proporción. De ello resulta, con necesidad, que los hombres dependen menos los unos de los otros individualmente, pero cada uno de ellos depende más de la masa, exactamente en la misma proporción. Ahora bien, la vaga y metafísica idea de libertad, tal como ella circula en la actualidad, si se continúa tomándola por base de las doctrinas políticas, tenderá eminentemente a estorbar la acción de la masa sobre los individuos. Bajo este punto de vista, será contrario al desarrollo de la civilización y a la organización de un sistema bien ordenado, que exige que las partes se encuentren fuertemente ligadas al conjunto y en su dependencia» (Saint-Simon OC3: 2348).

La fisiología social estaría en condiciones de plasmar ese salto analítico fundamental, que evitaría reproducir un saber conjetural de lo social, para pasar a consolidar en su lugar, una ciencia positiva. La mirada totalizadora que esta disciplina busca capturar entierra las perspectivas especulativas dieciochescas y con ellas recompone el legado de la Ilustración en dos dimensiones fundamentales. La libertad y la igualdad se pueden coordinar sin mayores sobresaltos. La primera se define a través de un conocimiento de la ubicación que los individuos detentan en la organización de la sociedad. La segunda se repiensa (administrada científicamente) en un esquema de jerarquías que a partir de la diferenciación funcional que todo cuerpo organizado expresa, permite pensar cierto equilibrio, sin que ello requiera renovar continuamente los consensos de base. Es cierto que la política como objeto de una ciencia positiva puede plantear en ciernes su propia cancelación. Tal vez ese fue el envés de un programa científico que cree factible superar los conflictos socio-políticos de su época. Aunque enfrentaron por igual el problemático legado teórico y práctico de la Gran

Revolución, tanto la sociología –vocablo con el que Comte dará continuidad al concepto de fisiología—como el socialismo adoptaron caminos divergentes para retomar este certero aporte temprano de Saint-Simon.

Bibliografía:

Baertschi, B. (1992) *Les rapports de l'âme et du corps. Descartes, Diderot et Maine de Biran*, Paris, Vrin.

Baker, K. (1964) The early history of the term 'social science', *Annals of Science*, 20:211-226.

Barthez, P. J. (1806) *Nouveaux éléments de la science de l'homme*, Paris.

Bourdin, J.-C. (2006) *Helvetius, l'idée d'une science de l'homme et la politique*, en Audidière, S. – Bourfin, J.-C. – Lardic, J.-M. – Markovits, F. – Zarka, Y.- Ch. (2006) *Matérialistes français du XVIII^e siècle*, Paris, PUF.

Cabanis, P.-J. (1805) *Rapports du physique et du moral de l'homme*, Tome I, Paris, Charpentier.

Diderot, D (1875) *Œuvres complètes*. Tome 1, Paris, Garnier Frères.

Letierrier, S.-A. (1995) *L'institution des sciences morales (1795-1850)*, Paris, L'Harmattan.

Rosanvallon, P (1989) *Le libéralisme économique. Histoire de la l'idée de marché*. Paris, Éditions du Seuil.

Saint-Simon, H (2012) *Œuvres complètes*. Tome 1, Paris, PUF (OC1)

Saint-Simon, H (2012) *Œuvres complètes*. Tome 2, Paris, PUF (OC2)

Saint-Simon, H (2012) *Œuvres complètes*. Tome 3, Paris, PUF (OC3)

Staum, M. (1980a) *Cabanis. Enlightenment and Medical Philosophy in the French Revolution*, New Jersey, Princeton University Press.

Staum, M. (1980b) The Class of Moral and Political Sciences, 1795-1803, *French Historical Studies*, 11 (3): 371-397.

Williams, E. (1994) *The physical and the moral*, Cambridge, Cambridge University Press.